



EL PAIS VASCO-NAVARRO

JAUNGOICOA ETA FUEROAG.

AÑO I.—ÉPOCA 2.ª

25 DE DICIEMBRE DE 1870.

NUM. 11.

EL TRONO CON PARTIDOS.

La unidad es la ley inflexible de la verdad, porque la verdad es una.

Y esta ley es como todas las leyes, severa é intolerante, porque no puede transigir con el absurdo ni tolerar los errores.

Es cierto que el espíritu del hombre no debe ser ni tan arrogante ni tan soberbio que se crea omnisciente y pretenda imponer sus opiniones como verdades axiomáticas; pero tampoco es menos cierto que hay principios tan evidentes é incontrovertibles que no se prestan á controversia y que deben aceptarse como dogmáticos.

Si la humanidad fluctuara constantemente en la duda, si no reconociera algunas verdades positivas, si viviera en una incertidumbre eterna, la humanidad no podría avanzar en su marcha progresiva, ni cumplir sus fines en el mundo, ni responder á su destino.

Es, pues, indudable que en la esfera política hay principios fundamentales, y que estos principios están reconocidos universalmente.

Sin embargo, la política solivianta

los ánimos, exalta los espíritus y sobreescita las pasiones é influye en el criterio para bastardearlo, en la opinión para adulterarla y en las ideas para oscurecerlas y pervertirlas.

Solo así se explica la sinceridad con que se defiende por algunos publicistas la necesidad de los partidos como el medio eficaz de evitar los abusos del poder y de que la política se atempere, no ya á las exigencias de los tiempos, sino á las exigencias accidentales del gobierno.

No puede decirse á las exigencias de los tiempos, porque con tal doctrina los partidos que se creyeran más adelantados en la ciencia y en los procedimientos de la administración pública anularían á los más atrasados y se impondrían en absoluto con la supremacía de sus fueros y con la soberanía del progreso.

Por eso hemos dicho: los que defienden la existencia de los partidos como una garantía de buen gobierno solo pueden referirse á las exigencias accidentales de la administración, no á sus necesidades permanentes ó á sus necesidades progresivas.

Pero ¿qué son los partidos? ¿Son acaso agrupaciones espontáneas que se

producen por el convencimiento y que proceden reflexivamente y sin inspirarse para nada en las pasiones?

¿Son agrupaciones que se forman á la sombra de doctrinas inflexibles y esenciales que les sirven de criterio en sus juicios y de norma en su conducta?

Si así fuera nada tendríamos que oponer á los partidos, nada tendríamos que censurar en tales agrupaciones, nada, en fin, podríamos decir de un hecho perfectamente natural, porque nada más natural que ver las cosas por distinto prisma, nada más natural que comprender más ó menos las relaciones de las mismas, y que formar, por lo tanto, una idea más ó menos exacta, un juicio más ó menos conforme con la verdad. Pero, desgraciadamente, no son los partidos una masa maleable y dócil, que solo obedece á la voz de la razón y que solo se inspira en el amor á la justicia; sino que son colectividades diamantinas que solo atienden al rigorismo de sus fórmulas y al egoísmo de sus exclusivos y sistemáticos intereses.

Así como en la antigua Roma la ciudad era el todo y el ciudadano era nada, así los modernos partidos ab-

393

MANEON

sorben completamente á los individuos y los sujetan á una regla de accion y á un régimen de conducta que aniquila y destruye sus opiniones particulares; son, en fin, los gremios de la Edad Media en que la actividad individual estaba secuestrada por la fuerza brutal de un principio absurdo.

Seguir al partido en la adversidad es una de las virtudes cívicas de que más se envanecen los políticos independientes, es decir, los que consideran su independencia, no como la independencia de la opinion, sino como la independencia del presupuesto.

¡Malogradas virtudes las que solo se fundan en no ceder ante los halagos de un cargo retribuido y que ceden ante las exigencias de un partido ó de un jefe de fraccion, subordinando sus ideas, sus propósitos, y quizá hasta los principios imprescriptibles de la justicia, á una apreciacion de conveniencia!

Pero la idea capital de los partidos es imponerse en la política, es invadir el poder, es regir las riendas del gobierno, y á esa idea capital sacrifican valiosas consideraciones, á esa idea rinden un culto ciego, por esa idea se obcecán y se pierden.

Quizá les exima de culpa ó cuando menos atenúe su responsabilidad la sinceridad de que blasonan; pero el hecho es que á la idea de partido es consiguiente la ambicion del mando, la codicia del poder y la invasion del presupuesto.

Ahora bien. ¿Es posible que las sociedades vivan tranquilas mientras estén influidas por fuerzas tan perturbadoras?

¿Es posible que el trono, ese trono que miramos siempre como la garantía de los intereses permanentes de los pueblos, permanezca inalterable y fuerte en medio del crugir impetuoso de los partidos?

Los partidos ambicionan, los partidos codician, los partidos aspiran á prevalecer en la esfera del gobierno, y para realizar sus propósitos no pueden menos de agitar la sociedad, no pueden menos de conmover sus cimientos, no pueden menos de minar una de las instituciones que mas fundamentalmente la defienden, no pueden menos de vulnerar el trono.

No queremos remontar nuestro

exámen á tiempos pasados para demostrar que al exarcerbarse la lucha de los partidos se han resentido los tronos, porque los tiempos presentes nos prestan una enseñanza harto elocuente y provechosa en la cuestion que debatimos.

El partido progresista español se creyó lastimado en su honra política al verse alejado años y años de la esfera del gobierno: y el partido progresista se declaró resueltamente antidinástico, despues de haber acreditado con su retraimiento el anatema que lanzaba contra la conducta del Monarca, desde lo más íntimo de su sublevada conciencia, demostrando con su actitud que el trono con partidos es el trono en riesgo permanente, es el trono sin baluarte, es el trono quimérico.

Más tarde, y en ocasion solemne, en momentos críticos, en circunstancias gravísimas, y que se han hecho célebres en la historia de las defecciones humanas, el partido de la union liberal venció en las calles y en los cuarteles de Madrid una formidable insurreccion cívico-militar, cuyo triunfo hubiera sido indudablemente el fin ó el gran paréntesis de la dinastía. Y cuando la union liberal empezaba á deleitarse en su conquista, cuando se creia en la plenitud de su poder, cuando se consideraba segura en el gobierno, fué reemplazada súbitamente por el partido moderado. Y desde aquel instante la union liberal fué antidinástica, la union liberal conspiró contra el trono. Desde entonces la coalicion del partido progresista y del unionista fué un hecho consumado, porque tuvieron una bandera comun, siquiera fuese negativa, porque los dos convenian en el deseo de derribar el trono de doña Isabel II, y conviniendo en el deseo, convendrian al fin en el procedimiento.

La revolucion de setiembre fué el resultado de las ofensas que pedian vindicacion, de los agravios que reclamaban venganza; de las faltas que exigian justicia. Y esas ofensas eran las que el trono habia hecho al partido progresista y unionista. Y esos agravios eran los que el trono infirió al partido progresista y unionista. Y esas faltas fueron las que el trono cometió contra el partido progresista manteniéndolo en un ostracismo eter-

no, y contra el unionista al demostrarle una ingratitud que no podia explicarse, despidiéndole en los momentos mismos en que habia librado tremenda batalla con el partido antidinástico y en que aseguraba el orden, las instituciones públicas, el Monarca y la monarquía.

Por eso pudo observarse un fenómeno extraordinario, porque no es vulgar, pero ordinario y natural, una vez admitido el trono con partidos, el fenómeno de que los partidos que habian luchado encarnizadamente mientras el uno merecia la confianza del Monarca y el otro era perseguido ó desdeñado, se aliasen para derribar al trono desde que el trono les negó sus favores, desde que la corona los apartó de sus consejos.

No puede dudarse: el trono es imposible con partidos, dada la significacion que los partidos tienen, porque los partidos aspiran siempre á un fin, y generalmente no escrupulizan los medios. Esta verdad la hemos demostrado en la esfera especulativa; pero en la esfera práctica nos la ha acreditado elocuentemente la historia contemporánea de los partidos progresista y unionista, al asociarse para conspirar contra el Monarca.

Y donde se vé demostrada hasta la evidencia la doctrina que sustentamos es en el empeño que han puesto los tres partidos que hicieron la revolucion de setiembre de borrar su diversa procedencia y de fundirse en el crisol de la Constitucion monárquico-democrática. Han querido matar los partidos, porque, siquiera por instinto de conservacion, comprendian su incompatibilidad con el trono y con los intereses de la revolucion que querian perpetuar; pero los partidos se han sobrepuesto á tales propósitos para destruirse y aniquilarse. ¡Oh! El dia venturoso en que los partidos callen y en que hable la política nacional, la política española, inspirándose en el catolicismo, en las gloriosas tradiciones y en las conquistas de la ciencia, ese dia será posible el trono, ese dia será posible el gobierno, ese dia será posible la paz y la civilizacion.

JUAN CANCIO MENA.



CELEBRIDADES VASCO-NAVARRAS.

El Excmo. Sr. D. Estanislao de Urquijo,

PADRE DE PROVINCIA DE ÁLAVA.

XX.

Primera enseñanza. La instrucción pública, fundada sobre la sólida base de la moral y de la filosofía cristiana, es la que contribuye poderosamente á la felicidad y al bienestar de los pueblos, los cuales en sus clases trabajadoras no puedan aspirar más que á la primera enseñanza bien establecida. El Sr. de Urquijo, que recibió la instrucción primaria en el valle de Llodio, se ha mostrado siempre con particular predilección á dedicar á este ramo una parte importante de las grandes sumas que emplea en hacer obras de caridad.

Compadeciase el ilustre padre de provincia de Alava de los trabajos de y penalidades de los tiernos niños que desde las caserías de las montañas bajaban diariamente á las escuelas de Llodio, en las que aprendían la doctrina cristiana, leer, escribir y contar, y algunos otros rudimentos de historia de y geografía, pasando todo el día sin tomar alimento caliente y comiendo nada más que un poco de pan moreno, para regresar á la noche al seno de sus familias, ateridos de frío en las temporadas de invierno y lluvias, tan largas en esta noble tierra. El caritativo Sr. de Urquijo, dispuso en beneficio de estas infelices criaturas, y para aumentar el número de los que con tantos afanes asistían á las escuelas, el que se les diera una buena comida, compuesta de sopa, garbanzo, aluvia, patata, abundante tocino y pan. Este frugal pero sano y nutritivo alimento era más reparador, porque lo recibían los niños en un local donde había un horno que daba suficiente calor y abrigo en las épocas de frío. A todos estos detalles y pormenores ha descendido, cual padre cariñoso y tierno, el piadoso señor de Urquijo.

Como el rancho suministrado á los niños era abundante y nutritivo, guardaban estos el pan y lo llevaban por las noches á sus familias, que hacían con él unas sopas de *pan blanco*, que es un verdadero regalo para las familias pobres de estas montañas. Nuestros labradores, gracias á la caridad del ilustre Sr. de Urquijo, no solamente tienen sus hijos perfectamente alimentados en los años en que asisten á las escuelas de primeras letras, sino que, además, les proporcionan aquellos una rica sopa para cenar toda la familia. Calculen nuestros lectores lo que con estos medios se habrá desarrollado la instrucción en el valle de Llodio. El dignísimo padre de provincia de Alava tiene resuelto el problema que tanto preocupa á los filósofos, publicistas y gobernantes modernos. Proclaman estos la primera enseñanza *gratuita y obligatoria*, pero sin que lleguen á obtenerla, y el distinguido vascongado protector de Llodio ha establecido con in-

menso resultados la enseñanza *voluntaria, gratuita y remunerada*. En Llodio, todos los niños asisten á las escuelas y todos son educados al amor del catolicismo y de la caridad cristiana, y no hay en Europa ni en el mundo un solo pueblo donde, en proporción á sus habitantes, sean tantos los que sepan leer y escribir. Esta es una verdadera gloria vasco-navarra que el país debe á la generosidad, al gran talento y prevision del respetable padre de provincia de Alava.

En un principio, cuando los encargados de dar de comer á los niños y niñas observaron que estos se guardaban las raciones de pan para sus familias, creyeron que era un peccadillo y lo denunciaron al Sr. de Urquijo. Otro en su lugar, siguiendo la corriente vulgar y recordando con cuánta severidad se prohíben en todos los colegios actos de semejante naturaleza, los hubiera impedido: mas el Sr. de Urquijo, dotado de un corazón y de una inteligencia superiores y escepcionales, vió en la conducta de los pobres niños, que se privaban de comer el pan que tanto les gustaba por entregarlo á sus madres, el germen de grandes virtudes, del amor á la familia, del espíritu de economía y de la fortaleza para resistir las tentaciones de la gula. Por eso el señor de Urquijo permitió á sus queridos niños que siguieran sus nobles instintos en este punto.

A tan grandes estímulos para la asistencia á las escuelas agregó el Sr. de Urquijo el de *cincuenta pensiones de un real diario*, destinadas á los veintiseis niños y veinticuatro niñas que más se distinguen por la puntual asistencia, aplicación y buen ejemplo, así dentro como fuera de las clases. De esta manera la idea católica y moral se levanta extraordinariamente, y no solo se consigue que la estadística de primera enseñanza de Llodio no tenga rival en el mundo, sino que tampoco la tenga en cuanto á la buena conducta de los niños. Son, pues, muchos los jóvenes que en este rincón del país vasco-navarro aprenden lo indispensable para las necesidades de su vida, y las escuelas de Llodio son modelos de enseñanza y de moralidad. Aun lleva á mayor extremo el ilustre padre de provincia de Alava sus estímulos para que la instrucción primaria crezca y se desarrolle en Llodio. Además de la alimentación gratuita y de las cincuenta pensiones de á real diario, tiene establecidos *premios en los exámenes*, y los premios consisten generalmente en dinero, que es más útil á las familias que las estampas y juguetes. No por eso se olvida de distribuir libros de buena doctrina religiosa, moral y científica

XXI.

Edificio para las escuelas. La primera enseñanza hacia rápidos progresos, verdaderos milagros bajo el impulso poderoso y benéfico del dignísimo Sr. de Urquijo, aunque se daba en locales del municipio, que cada día parecían más estrechos y mezqui-

nos. Por eso el caritativo padre de provincia de Alava concibió el proyecto de edificar un verdadero palacio dedicado á habitación para los dos maestros con sus dos escuelas y patios, fuentes y jardines, y como el genio activo y emprendedor del señor de Urquijo realiza inmediatamente cuanto concibe, en menos de dos años dió fin á las obras y ha creado como por encanto el establecimiento de primera enseñanza más bello, más sólido, más lujoso y que mejores condiciones reúne en toda España; por lo que le felicitamos cordialísimamente, como felicitamos también á todos los hijos de la nobilísima tierra vascongada.

Vamos á dar la descripción de este magnífico edificio, declarando que la debemos á la amabilidad del Sr. Iradier, arquitecto de la provincia de Alava.

«Las escuelas, con todos sus accesorios, ocupan una área ó superficie rectangular que comprende el edificio principal con tres patios, varias dependencias y un sitio destinado para jardín y huerta, que rodea y circunda todo el terreno.

«El edificio principal, que comprende una fachada de 220 pies, está distribuido en su planta baja en un cuerpo central de 39 pies de línea con 63 de fondo, y tocando á este otros dos laterales de 38 pies de ancho que á su extremo tienen unos martillos casi de igual dimension, y que se prolongan hasta el límite exterior de la edificación, y en una estension que desde la fachada mide 112 pies. Sepáranse estos cuerpos del central por dos grandes patios, quedando otro pequeño intermedio entre ellos en el punto en que la construcción de este grupo no tiene tanto fondo, sirviéndoles las fachadas de sus costados de cerramiento con otras paredes de cerca, que les dan completa independencia á unos de otros.

«Esta distribución de la planta ha sido calculada para colocar en el cuerpo central las entradas, habitaciones de los profesores con otras dependencias comunes al destino del edificio, elevándose por esta causa más que los dos grupos laterales que se han destinado para las escuelas, ocupando la de cada sexo una de las alas ó costados en toda su estension.

«Estas, despues de subir una espaciosa escalinata, tienen su acceso ó entrada por el vestíbulo central, estando dispuestas cada una de ellas, y para los diferentes sexos, en igual forma y disposición, distribuyéndose en una sala de enseñanza, de 88 1/2 pies largos con 31 1/2 anchos, la que se comunica con otra que sirve para el recreo, de 71 1/2 largo con 30 1/2 ancho, y en la que está abierta la puerta de salida al patio, que sirve de desahogo, ventilación y luces; y en el que, cuando el tiempo no lo impide, pueden jugar los niños. Las ventanas de las salas están colocadas á la altura conveniente para evitar el registro exterior y dar la luz uniforme, con bastidores móviles para la ventilación, combinándolos con los *mechinales* bajos que también se han dejado, y que permiten la completa y

continua renovacion del aire, circunstancia tan necesaria en un local en que se reúnen tantas personas durante gran tiempo.

»De estas salas de enseñanza se pasa tambien á la planta ó piso bajo del centro, y en el que se hallan los encierros y comunes, completamente separados para cada sexo, quedando de este modo arreglado el servicio de los niños.

»El cuerpo central es el único que, sin contar el bajo, tiene otros tres pisos, y en los que, además de las habitaciones del conserje, del maestro y la maestra, hay una sala destinada á biblioteca con entera independencia de las mismas.

»Por último, en prolongacion de esta parte del edificio hay un patio independiente de los otros de recreo de los niños que sirve de desahogo para las demás dependencias de la casa, y en cuyo extremo se levanta un pequeño pabellon, en el que se ha colocado el comedor y su cocina, que sirve para uso de los niños pobres de ámbos sexos que no salen del establecimiento en todo el dia.

»El aspecto exterior del edificio es grave y elegante, correspondiendo su decoracion al estilo greco-romano, caracterizándose perfectamente en sus fachadas la disposicion interior, ó sean los usos á que sus diferentes compartimentos se hallan destinados. En el centro descuella el cuerpo de entrada y habitaciones que se elevan sobre todos los demás del edificio, formando su basamento una gran escalinata, con su zócalo de mármol, y sobre él pilastras de silleria blanca, que sostienen tres arcos de medio punto rodeados de jambas y archivoltas con un tarjenton, que constituyen el vestibulo de entrada á todas las dependencias, y comprendiendo en su altura por el interior el piso bajo y entresuelo de que ya se ha hecho mencion, manifestándose la division del suelo por medio de una importa ó pequeña cornisa y sobre la que se levantan los otros pisos principal y segundo que tienen cada uno tres ventanas recercadas de jambas, viniendo por último á coronar este grupo una cornisa con su fronton triangular, que termina perfectamente sus líneas.

»Los cuerpos laterales son de silleria de la cantera del mismo Llodio, ó sea de mármol, pero sin pulimentar, levantándose hasta el nivel de la importa central que hay sobre los arcos ya citados, formando de este modo armonía con el resto de la fachada, corriendo la cornisa general de los pabellones bajos á esta altura. En cada uno de sus lados y en el frente principal hay cuatro grandes ventanas con una pilastra en el centro, decorada con recuadros y adornos, y rodeadas todas aquellas de jambas reunidas de buen efecto. En los costados de esta fachada, ó sea en los martillos de ella, sigue la decoracion con este mismo carácter, distinguiéndose, sin embargo, la parte de la sala de enseñanza de la primera crugia del resto, con una ventana como las del frente, pues las otras, como son cinco, tienen dimensiones peque-

ñas y más sencillas y que corresponden á las salas de recreo. Por último, en toda la línea de la fachada del edificio, sostenida por zócalos y pilastras de silleria, hay colocada una elegante verja de hierro con tres picotas centrales situadas en línea con el eje de los arcos de entrada, y en el terreno intermedio entre esta y las paredes se ven jardines con grupos de flores que forman un conjunto agradable y en armonía con toda la construccion.»

Hasta aquí el Sr. Iradier.—Continuemos ahora nosotros. El que concibió el pensamiento de este precioso edificio, levantó sus planos y dirigió las obras, fué el inteligente arquitecto D. Francisco de Cubas, muy conocido por sus talentos y por sus obras en Madrid y que es sobrino del caritativo fundador Sr. de Urquijo. Si el Sr. de Cubas no tuviera una reputacion tan bien adquirida como merecida, se la habrían dado las nuevas escuelas del pintoresco valle de Llodio. El ayuntamiento de este valle, apreciando cual se merecen las dotes científicas del Sr. Cubas, acordó que se le rogara accediese á que se hiciera su retrato y fuese colocado con el de su dignísimo tío en las mismas escuelas ó en la casa consistorial. Pero el distinguido arquitecto, siguiendo la plausible escuela del Sr. de Urquijo, se negó cortesmente á la peticion del retrato, y remitió á la municipalidad *dos mil* reales vellon para que se repartieran entre los pobres del referido valle.

Merece tambien que hagamos de él mencion el entendido maestro de obras D. Nicomedes de Eguiluz, que auxilió lealmente al arquitecto Sr. Cubas en la ejecucion de sus planos y estuvo al frente de la construccion de las escuelas.

RAMON ORTIZ DE ZÁRATE.

UN VIAJE EN DILIGENCIA.

—¡Ea, al coche, señores, ya está *enganchada!*

Esta voz era para los viajeros lo que será la trompeta final para los mortales. Señal de abrazos, de besos, de suspiros y de llantos... señal, en fin, de despedida.

—¡Adios!—¡Que escribas!—Memorias.—Hasta el próximo verano.—No te olvides de mi encargo.—Dejas olvidado el paraguas.—A Juan que no sea perezoso.—A Pedro que cumpla lo ofrecido.—A Diego que le espero sin falta.—¡Vaya, buen viaje!

—Vais perfectamente, dice una de tantas á dos amigas suyas, madre é hija, que iban en la berlina; flaca aquella como una anguila y gorda como un atun esta otra.

Pero no contaba con la huésped, más bien con el huésped, pues fué hombre y muy *cumplido* el que tomó asiento en medio de aquella cañada y de aquel tuétano.

El interior estaba distribuido entre una ama.... de cria con su nene, una mamá, otra que no se sabia que lo fuese, un francés y un veterano de la guerra de la Inde-

pendencia. ¡Había un asiento vacío! ¡Qué felicidad y qué anchura!

La rotonda constaba de tres asientos. Ocupó el primero una jóven, ó más bien una niña con ojos de un color, así como de... diez y ocho años, que en mi concepto es el mejor color de ojos que se conoce.

El segundo asiento correspondia de derecho á un caballero que recordaba por su aspecto y por su edad la expedicion del marqués de la Romana.

Cedió aquel su derecho á un jóven que no quiso, sin embargo, aceptar tan fina galanteria.

—¡Sírvasse Vd.

—No, Vd., yo tengo el número 3 y no es justo.

—Yo prefiero el centro, tengo el derecho de eleccion, y por eso.....

—Dispense Vd., pero como tengo el número 3.....

—He dicho que quiero ir en medio, y cuando yo digo una cosa.....

—Pues yo repito que tengo el número 3, y no lo cambio.

—Caballero, suplico á Vd. que acceda, dijo la de los juveniles ojos dirigiéndose al jóven.

—Puede Vd. dar gracias á su hija el que.....

—¡Caballero! yo no soy el papá de esta señorita.

—¿Su abuelo acaso? Dispense Vd. si me he equivocado.

—¡Oiga Vd.! ¡Mocito! Sepa Vd. con quién trata. Soy.....

—Por Dios, señores, suplico á Vds...

—¿Quién te dá á tí vela para este entierro? ¡A ver como callas! dijo á la jóven el que, no siendo su padre, ni su abuelo, debía ser su esposo, segun el tono con que mandaba.

El cupé iba tambien aprovechadito. Lo ocupaban tres estudiantes y una montañesa con su correspondiente perro, dedicado á hacer el oficio de bomba de atraccion.

Solo los del interior tenían la dicha de ir holgados. Había un asiento vacío. Pero ¡ah! ¡qué efimera es la felicidad en este mundo! Desgraciadamente para los viajeros de aquel departamento, vióse que venia corriendo, corriendo, una..... mujer parecia, aunque muy bien pudiera pasar por elefante, si por el tamaño se clasifican las especies.

Traía en una mano una cesta ó cabá, como ahora se dice, y en la otra una jaula con un loro. Cesta, loro y mujer se colocaron en un palmo de terreno. Cómo llegó á realizarse este fenómeno de la impenetrabilidad lo podrán comprender únicamente los que han viajado en diligencia.

—¿Están todos? vociferó el mayoral.

—Me falta.....

—¡Qué demonio ha de faltar! exclamó el veterano á quien acababa de pisar uno de sus mejores callos la mujer-*elefante*, causa tres veces de su mal humor.

—¡Ah no! Creí que me faltaba la cesta; pero la tengo aquí.

—¡Arrea!..... ¡Coronela!..... Tris, tras...

y entre si me caigo ó no me caigo, allá va todo eso, camino de Burgos.

—Veamos lo que pasó en cada uno de aquellos cajones.

El señor de la berlina, que, como hemos indicado, era exactísimo en todas sus cosas, creyó deber entablar conversación con sus compañeras de viaje. Sirvióle de pretexto para ello otro viajero, del cual no hemos hecho mérito, pero que no obstante ocupaba su asiento en el regazo de la joven rolliza.

—Estos animalitos, dijo, son muy comunes en América. En Matanzas, donde he vivido yo cuarenta años, ó, para que el diablo no se ria de la mentira, 39 años, 11 meses y 29 días, los había tirados por el suelo.

—En todas partes hay mucho animal, replicó la joven muy picada, al ver que aquel señor echaba por tierra el mérito de su americanito, que no era otro que el creerlo propiedad exclusiva de la alta aristocracia.

—Pero éste tiene una piel muy fina, añadió el cumplido caballero, queriendo enmendár la plana, y al dar esta muestra de satisfacción al ama, creyó que debía hacerla extensiva á su ídolo, pasándole una mano por el lomo.

No pudo retirarla tan pronto que no quedara parte de su dedo en la boca del yankee.

—¡Cuerno!! ¡Y qué dientes tiene el muy indino!

—¡Picarol! ¡Cuidado con otra!...

Esta fuerte riña y un golpe tan fuerte como esta dado en la parte que menos sensación hacen los golpes fué el castigo que impuso la esclava á aquel sultan ó bajá de una cola.

—Caballero, ¿le ha hecho á Vd. daño? preguntó la flaca, cuando ya el caballero había convertido de blanco en tinto un pañuelo de bolsillo.

—No, no señora.... casi nada.... una uña....

—Ya decía yo, que lo que es morder....

—Y parte de un dedo, se han quedado entre sus dientes.

—No hay flor sin espinas.

—¡Qué talento tiene mi Candidita! exclamó llena de gozo la mamá.

—¡Ah! ¿Se llama Cándida la perrita? Pues á fé que....

—No, señor; es el nombre de mi hija: el perro se llama Flor. Pues qué, ¿no ha oído Vd. qué bien ha dicho mi Cándida «no hay Flor sin espinas»? ¡Vaya! Todita es á su padre, que... ¡tenía unas caídas!

—Pardon, Madame, dijo el francés á la viajera del interior, que si fué la última en llegar, no parecía conformarse en ser la última en acomodarse.

Una pipa, que había salido ileso en los mil y un viajes hechos por este *commis voyageur*, acababa de perecer á impulsos de...

—¡Ah! ¿Es Vd. francés? Peor para usted, indicó el soldado de Bailén, que por más señas era aragonés.

—*Je crois cependant....*

—¿Que ustedes dan pan? A mí no me lo han dado en Francia.

Nuestro veterano se refería á la época de su emigración, y tenía razón. Cuando, para que no le separaran el alma del cuerpo, tuvo que emigrar al extranjero en cuerpo y alma, no se detuvo en Francia más tiempo que el preciso para atravesar desde los Pirineos á los Alpes, por ser preferible, según él, morir de una indigestión de macarrones, que de una disenteria por comer zanahorias.—*Des carrots* los llaman por allá.

—Vamos, ¿cosa más rara! exclamó la del loro, la destructora de pipas y juanetes, así que pudo colocarse.—Siempre acostumbamos á levantarnos muy temprano, y hoy precisamente.... Verdad es que nos acostamos mucho más tarde que otras veces, porque yo me empeñé en que Napoleon había de decir «Ca-tas-tro-fe», que es una palabra que ni muchas personas pueden pronunciarla con exactitud. La primera sílaba la repetía perfectamente.... pero no pudimos pasar de ahí.

—¡Ah! Pues si repite la primera sílaba es un abono.... de su capacidad.

—¡Oh! no en vano le puse yo el nombre de Napoleon.

—¡Oh! *C'est un nom tres grande tres digne,*

—¡Con qué gusto le retorcería el pesquezo! balbuceó el veterano.

—¿A quién? ¿A mi loro?

—No señora.... á Napoleon.

Desde que la diligencia echó á andar, el niño que iba en el regazo de la nodriza, no hacía sino jipar y lloriquear. Su mamá, que le había cogido dos ó tres veces, pero que no parecía sino que tenía alfileres en los dedos, según la criatura lloraba cuando pasaba á los suyos de los brazos de la nodriza, dijo por fin á esta:

—Ese niño tiene algo.

—No, señora, contestó el ama, es que no ha salido....

—Pues entonces *tiene algo* indudablemente, dijo el militar interrumpiéndola.

—¿Trajo Vd. el....

—Sí, señora, á los pies de este señor lo dejé.

—Dispense Vd., caballero....

Pero como la señora no diese con lo que buscaba, el caballero militar se bajó con ánimo de ayudar á la señora en sus pesquisas.

El nene, á quien sin duda se le había indigestado la leche que mamó en el camino, puso en aquel instante hecho una lástima al héroe de Bailén y de Vitoria, que había más de una vez sufrido sin pestañear descargas y metrallazos á quemarropa; pero que en aquella vaciló, al verse herido tan de improviso.

Echó maquinalmente la mano hácia adelante, apoyando la punta candente de un coracero—vulgo cigarro de tres cuartos—en una de las del ama del loro, que hizo exclamar á esta con una voz de pecho:

—¡Jesús! ¡qué brutalidad!

Y al retirar la diestra aquel marimacho,

como si sobre ella hubiera picado una avispa, dió tan tremendo porrazo en el resto de pipa colocado á la sazón en la boca del gabacho, que la dejó decididamente inservible, y *ainda mais* un magnífico diente, que se fué á hacer pareja con la pipa.

—¡Oh! *Mon Dieu! ¡Voici une femme bien bête!*

En medio de aquel cataclismo general, en el momento mismo que el militar escupía el.... *plomo derretido* que había entrado en su boca *velis nolis*, oyóse la voz delloro, que decía: «cata, cata, catas—trofe.»

—¡Ya lo dijo! ¡ya lo dijo! ¡Bendito sea el hijo de mis entrañas!

—¡Vaya un par de hijos bien nacidos! ¡Lástima de peregil y.... lástima de Herodes! exclamó lleno de cólera el militar.

—Perdone Vd., caballero, crea Vd. que...

—No hay de qué, señora. Además, la culpa toda no es de la criatura, sino más bien de ese macho cabrío, y señaló el militar á la nodriza.

—Vd. será el macho y el cabr....

—¡Maria!

—Pues tengo razón. ¿Por qué insulta?

—Vamos, cálese Vd. ¡Mayoral, mayoral! Pare Vd.

—¡Pare Vd.! A ver si nos trae un poco de agua con que poder limpiar esta criatura y lavarse este caballero.

—Yo te.... te.... te...., rompió—decimos mal, pues no rompió—la viajera que hasta entonces no había dicho esta boca es mía.

En aquel momento abría el mayoral la portezuela, y al oír que pedían té, dijo con una voz que de todo tenía menos de compasiva:

—¿Qué es eso? ¿Quién se ha puesto malo?

—Yo te.... te.... tengo agua.

—¿En dónde está? preguntó el herido.

—En.... en.... la.... la.... bol.... bol-sa está.

Sí, allí estuvo. Pero ya solo existían los fragmentos de una botella de la fábrica de Nuestra Señora de la Piedad. Por lo que hace al líquido, no se había desperdiciado. Se lo habían repartido entre la dueña tartamuda y el francés.

La primera, merced al miriñaque con *muelle*, se evitó la filtración de la humedad; pero el *commis* pescó en aquel río un constipado franco, es decir, sin mezcla ni falsedad.

Trajo agua y trajo vino el mayoral, porque era hombre que sabía muy bien que el tiempo es oro, y no quiso desperdiciarlo, y volvió al jarreal ¡coronela!

Mientras tanto, en la rotonda reinaba un profundo silencio.

Solo se percibía de vez en cuando un diálogo y un monólogo en estos ó parecidos términos:

—Ya te he dicho que no quiero que mires hácia allá.

—¿Pues á dónde he de mirar?

—Al campo, y mejor á ninguna parte. Cierra los ojos y haz por dormir.



—¡También es mucho empeño! Si no tengo sueño.....
Y mientras tanto el mancebo cantaba soto-voce esta letrilla:

Ojos como los tuyos
no hay en el mundo,
y más cuando me miran
con disimulo.

Subamos al piso principal, vulgo cupé.
—¿A dónde vá la montañesa? dijo echándose de hombre uno á quien faltaban dos lustros cabales para serlo.

—A mi tierra.
—Viene de criar, ¿verdad?
—Sí, señor; pero no he podido acabar, porque se ha desgraciado.....

—¿Qué lástima!
—¡Angelitos al cielo!—dijo el más jóven de los tres escolares, calculando sin duda que, en tal caso, le correspondia de derecho un puesto en la gloria. Y añadió: ¿Quiere criar un hijo que voy á tener?

—Mejor seria que primero le criara á usted.

—No le vendrá mal. Así, como así, le han mandado tomar leche de burra.

—La burra será Vd., y su madre que le pa..... ¡Dios me valga! A ver como está Vd. quieto ó llamo al mayoral.

Este último apóstrofe se dirigia al tercero de aquellos tres Licurgos en ciernes, que no hablaba, pero que por lo visto obraba.

En estas y las otras ya habian quedado atrás Castrejana, Sodupe, Güenes, Zalla y Valmaseda, y merced á la *velocidad* con que la diligencia marchaba, pudo el viajero observador hacerse cargo muy minucioso de todo lo más notable que encierran estas poblaciones. Argumento que habla muy en favor de las galeras y carromatos, respecto á las locomotoras de hoy.

Una vez en Villarcayo, el mayoral abrió las portezuelas del coche, ó no las abrió, que de eso no habla la historia, para decir:

—Señores, aqui se come.
Oigamos, una hora despues, al francés, al veterano y á las señoras de la berlina si era verdad que allí se comia.

—*C'est facheux ça, jé n'ai pas diné rien de tout.*

Lo que, traducido al lenguaje vulgar, quiere decir que se quejaba porque no le habian dado sopa de yerbas, ni tortilla á las finas yerbas, ni *des carrots*..... (zanahorias las llamamos por acá).

—¡Con cien mil de á caballo! Me he quedado en ayunas. Si siquiera hubiera comido un pedazo de carne; ¡pero si solo han sacado piltrafas!

—Vaya, está visto: no se puede comer pescado más que en Madrid.

—Ahora bien; lector amigo, más paciente que cada uno de aquellos viajeros, supuesto que aguantas las impertinencias é incomodidades de todos juntos: ¿qué crees tú que comerian aquellas gentes, siendo así que, según confesion propia, no habian comido carne, ni pescado, ni legumbres?.....

Sábelo Dios, dirás..... y la cocinera del parador de Villarcayo, digo yo.

Antes de salir de aquella villa, hubo alguno de entre aquellos mártires que *cambió la peseta* que á trueque de un peso duro le habian dado en el parador.

Pasemos por alto el número fatal de pueblos—son trece—que se encuentran á derecha é izquierda del camino, y lleguemos ya, porque este viaje vá haciéndose pesado, á Bercedo, *lugar*—y no miento—de registro.

La obesidad inherente á la jóven de la berlina fué sospechosa á los carabineros del puesto, por lo que hicieron que la registrara en secreto una mujer. Como lo único que llevaba en su cuerpo era sebo, y este artículo es de libre introduccion, diéronla patente de limpieza.

El francés perdió, puesto que se lo quitaron, media libra de tabaco y otra media de plata; pero en cambio le regalaron para el camino unas cuantas onzas de hoja seca del estanco, no se sabe si con la caritativa intencion de que reventara al fumársela.

Los estudiantes hiciéronse amigos de la montañesa, sin duda porque uno de ellos la ofreció poner en el *Diario de Avisos* el siguiente anuncio: «Una jóven robusta, con leche de seis meses, que ha tenido la desgracia de perder un niño, desea tener otro;» encargándose en cambio aquella de pasar un paquete de los de á peseta. ¡Lástima y grande hubiera sido que se quedasen en Bercedo aquellos veinticinco coraceros destinados á conquistar dos docenas, y quedo corto, de palmitos madrileños!

Uno de los carabineros, al registrar las cajas del coche, metió la mano en un saco de noche que allí habia quedado, y sacó..... deduzca el lector lo que sacó, sabiendo que allí estaban los pañales de la criatura.

—¡Ea, señores!.....

Y vuelta á meterse los viajeros en el coche, y vuelta á estudiar el modo de reducirse á la más mínima espresion, á fin de poder acomodarse.

Solo la costumbre que adquirimos insensiblemente de ver que dentro de una caja de dos metros cúbicos se colocaba un volumen de dos ó más metros hacia que no nos llamase la atencion este fenómeno fisico.

Si alguna vez se nos ocurre decir á nuestros nietos—que tendrán la dicha de viajar cómoda y holgadamente, dos, ó á lo sumo cuatro, en un wagon de primera, ó tal vez cada cual en un globo hecho *ad hoc*:

—Mira, en una de las subdivisiones de ese cajon que ves ahí arrinconado, se acomodaban, para ir desde Bilbao á Búrgos, dos hombres con gaban sobre las levitas, y sobre el gaban las capas; cuatro mujeres con una cosa que llamaban miriñaque, y que abultaba tanto como el facistol de Santiago; una criatura, un loro en su jaula, varios sacos de noche, cestas, y..... et cetera, etc.—Gracias si el chico se pone á dudar y no nos contesta con una sonrisa

como de aquel que no comulga con ruedas de molino:—Vaya, ya tiene Vd. edad para mentir.

Tú no me desmentirás, lector, porque sabes que no es la primera diligencia, aunque es posible que haya sido la última, que ha salido de las administraciones de Bilbao para Búrgos con veinte y más viajeros.

Volvieron á acomodarse los nuestros, haciendo de sus piernas horquillas, grapas ó cuñas; y entumecidos, rígidos más bien, no de frio sino de falta de movimiento, llegaron, no obstante, más blandos que unas brevas á Encinillas.

Allí se cenaba. Ese era por lo menos el programa. La dueña del loro se atracó de lo lindo y trató á *Napoleon* á cuerpo del rey; y no digo á cuerpo de emperador, por temor de que no se me entienda, pero no por que en este caso faltase á la verdad.

Pero temerosa de que no la sucediese lo que á la salida de Bilbao, corrió á ocupar el coche antes de que lo ocupasen sus compañeros.

Poco faltó para que ella y su hijo adoptivo volviessen por el mismo camino por donde habian ido, pues allí se cambiaba de diligencia, y la que les habia llevado volvía de retorno.

Deshecha esta equivocacion, no sin que hubiese un medio motin entre los que esperaban y deseaban que no llegara la marimacho, volvió á hacer rumbo aquella nueva arca de Noé hácia el interior de España.

El viaje se va haciendo pesado, y mucho más que hay que subir una cuestecita que yá, yá. Pero tengo las riendas en la mano y he de hacer que los caballos anden con una velocidad mayor que la de una locomotora de fuerza de quinientos idem.

Ya estamos en el alto de Villalva. En este corto intervalo se han dormido, el francés sobre la mari-macho, esta sobre el veterano y este sobre la tartamula. De donde se colije que moviéndose un eslabon de esta cadena.....

Pero ¿qué sucede? el coche rueda, rueda que vuela. En vano el mayoral silba: no puede contener la impetuosidad de los caballos, ó, para hablar en lo cierto, no pueden estos contener el impulso del carruaje.

—Deten ese caballo, Juan. ¡Tira á la derecha! ¡Beata! ¡Coronela! ¡oh! ¡¡Oooh!!

Todo inútil, el coche da contra un guarda-ruedas y se vuelve lo de arriba á abajo.

Gritos, ayes, llantos, suspiros, mezclados con imprecaciones, denuestos y maldiciones: hé ahí lo único que allí se distinguia en el primer momento.

La noche era como boca de lobo, y el farol se habia hecho mil pedazos; no se veia, por tanto, á la distancia de un palmo de terreno.

Pero de entre aquella confusion ó desorden podian entresacarse estas ó parecidas frases, que darán una idea, siquiera sea remota, de la Babel que allí habia.

—¡Hijo mio!! este grito sobresalió sobre todo, pues salia del fondo del corazon de una madre.—¡Ay, Dios, que me ahogo!—Levántese Vd., ¡por la Virgen Santísima!—

¡Flor, Flor; mayoral, coja Vd. á mi Flor, que se me ha escapado.—¡Qué Flor ni qué demonio!—¡Ay, ay, ay, ay!—¡Jesus! ¡qué brutalidad!—¡Napoleon, Napoleon! Pobre hijo de mis entrañas, di algo.—¡Quiere usted hacer el favor de callar, y sobre todo de levantarse?—¡Oh, mon Dieu, béte d'Espagneul!—Suplico á Vd. que se separe.—Primero es que pueda.—¡Pepe! ¡Pepe! ¿dónde estás?—Una voz como salida de bajo de tierra: Aquí.

Resumamos, ó, mejor dicho, ordenemos este rompe-cabezas, con el objeto de que podamos hacernos cargo de él.

A la triste claridad de una luz que oscilaba á merced del viento, pues ya he dicho que no habia que contar con el farol para resguardarla, vamos á reconocer este campo de Agramante.

No lejos del coche veíase un grupo revolcándose por el suelo. Lo formaban la montañesa y dos estudiantes. ¿Dónde estaba el otro? Haremos que se levante aquella sin pérdida de momento, pues si nos descuidamos un poco se ahoga irremisiblemente: el tercero hallábase envuelto en el refajo de la montañesa.

Cuatro chichones más ó menos grandes, y algun cardenal sin opcion á papa, fué el corolario de este salto mortal. ¡Ah! Se me olvidaba comunicar la muerte de un ser, que si no era humano, tampoco era inhumano. Me refiero al perrito que llevaba la montañesa: el pobrecito estiró la pata, y lo que es más sensible, su ama perdió del susto su patrimonio.

En el ventanillo de la berlina asomaba la rubicunda cara de doña Cándida, sudando cada gota gorda como su puño, y forcejeando con uno de estos para abrir la portezuela y poder alcanzar á su Flor, que se habia marchado para nunca más volver.

El cumplido caballero se hallaba sobre la flaca, pujando por levantarse, no por consideraciones á esta, sino porque no le hacian maldita la gracia el contacto de sus huesos puntiagudos.

Era difícil distinguir lo que pasaba en el interior.

La dueña del loro le habia acercado instintivamente hácia sí en el momento del peligro, metiendo las narices dentro de la jaula. *Napoleon* se las mordió á todo su sabor; pero el veterano se encargó de vengarla aplastando á un mismo tiempo las narices del marimacho y el cuerpo de *Napoleon*.

El francés y la tartamuda se dieron el beso más ruidoso que han oído los nacidos. Pero como sucede siempre que la parte débil es la que paga por todos, la tartamuda se mordió la lengua, y si el francés no hubiera perdido antes un diente, hubiera ahora perdido dos.

En la rotonda se arregló la cosa á estilo de comedia. Los dos jóvenes se encontraron próximos el uno al otro, mientras el viejo rabiaba de celos aparte.

Pasemos por alto todo lo que allí pasó antes de que se pudiera volver á emprender el viaje. Evitaremos al lector las molestias

consiguientes á la compostura del carruaje y el frio que se mamaron los viajeros, pues los cristales de las ventanillas se quedaron en el camino para cresteria de paredes de cerca, los ayes y lamentos de aquellos diez y siete mártires y el martirio de los cuatro jamelgos que por mal de sus pecados quedaron vivos y obligados á llenar el compromiso contraido por ocho caballos sanos y robustos. Para contar todo esto seria necesario empezar de nuevo, y harto has sufrido ya, lector pacientísimo, no quiero abusar de tu longanimidad.

Permíteme, sin embargo, que te diga de corrido que entre los chasquidos del látigo y los juramentos del mayoral se oian los lamentos de los mal parados viajeros, y que peor humorado aquel de oír unas quejas que él creia infundadas, decia de vez en cuando:

—Si, pues tienen ustedes de qué quejarse; *velahé*, si lo que ha sucedido á ustedes en diligencia les acontece en un carro-ferril, no lo cuenta *denguno* de ustedes.

A lo cual replicaban en coro aquellos mártires.

—Pues para no tener que contarlo, prometemos no volver á hacer *un viaje en diligencia*.

SABINO DE GOICOECHEA

A NUESTROS LECTORES.

Tendria que bosquejar un cuadro horrible si reuniera aquí los sucesos que presencia atónita la España que ávida de honra tendió los brazos á la *revolucion* y se halla próxima á perecer en ellos.

Los dias que se acercan son críticos: cada cual debe cumplir su deber. El nuestro es no añadir leña al fuego, y para no contribuir, ni siquiera con nuestras reseñas, á llevar la tristeza al ánimo de los que, fundándose en la ley y en la moral, lo esperan todo de la Providencia, hemos suprimido y suprimimos hoy tambien estas revistas, que de ser fieles serian el reflejo de la agonía del parlamentarismo, ó, lo que seria peor, de la agonía de España.

El país vasco-navarro cumplirá como siempre, y de la crisis sacará ilesos sus fueros, sus costumbres, su inmaculada honra.

La religion y la ley triunfarán pronto ó tarde, y, agrupados en torno de estos salvadores principios, debemos esperar los sucesos que han empezado el 16 de noviembre y que nadie puede presumir cómo acabarán.

HISTORIA DE UN MINUTO

CONTADA

por Julio Nombela.

(Continuacion)

El Sr. Manzanillo averiguó poco despues que Jorge era un muchacho modesto, sin posicion, sin fortuna, pero con muchas necesidades.

Cuando lo supo D. Meliton:

—¿Y persiste, dijo, en que le dé una satisfaccion?

—Nada mas justo; le ha dado Vd. una bofetada.

—Pues se la daremos; si señor que se la daremos.

Y arrellenándose en su sillón:

—A ver, Sr. de Manzanillo, traiga Vd. la lista de los empleados.

—¿La lista?

—Sí, hombre, si.

—¿Para qué?

—Para dar una satisfaccion á ese joven.

—No comprendo.

—Ya verá Vd., ya verá Vd. Venga esa lista, por de pronto.

Y frotándose las manos cuando llegó el Sr. de Manzanillo:

—Es necesario que me haga Vd. en esa lista un hueco de seis ú ocho mil reales.

—Pero, Sr. D. Meliton.....

—Nada, nada, es preciso; empiece usted á leer.

—Entre los de la clase, ¿no es verdad?

—Sí, hombre, si.

—D. Pedro Gomez.....

—No; ese es sobrino mio.....

—D. Julian Marchamalo.

—Ese que marcha mal.

—Le protegen nada menos que tres diputados.

—¡Quieto! ¡quieto!

—D. Lucas Tornos.

—¿Y ese?

—Está casado con una hija de la hermana del jefe.

—Otro.

—D. Diego Rico.

—Hombre, ese no necesitará el sueldo. Dejémosle cesante.

—No podemos quitarle porque es hechura del antiguo ministro que respetó al sobrino del actual, como Vd. sabe. Sigue D. Blas Herranz.

—Y á ese, ¿quién le protege?

—Es uno de los empleados mas probos, más laboriosos, más.....

—Pero ya es viejo, tiene cesantia..... Venga esa plaza. Apúnteme Vd. el nombre, que me voy á ver al Ministro.

El Sr. Manzanillo obedeció, y D. Meliton, por lo visto, se veia atacado de los nervios en presencia de la *h*:

—Herranz es sin *h*, dijo, y tachó el nombre.

—No señor, es con ella.

—Le digo á Vd. que no.

—Le digo á Vd. que si. Vea Vd. el Diccionario.

—¿Qué Diccionario ni qué!..... Pero á

propósito. Esto me recuerda que puedo realizar mi deseo y castigaré un empleado que se me ha subido hoy á las barbas. Estiéndame Vd. una credencial para el puesto que desempeña D. Melquiades Vasconcellos á ese jóven, y al mismo tiempo declarando cesante al primero. Me voy á ver al Ministro.

—Pero, D. Meliton, mire Vd. que es el que mejor sabe sumar.

—No importa; se ha atrevido á decirme que *hacer* se escribe con *h*.

—El Diccionario.....

—Lo que siento es que el Diccionario no esté empleado; si no sufriría su misma suerte. Vamos, despache Vd., porque quiero ver al Ministro antes que se vaya. En cuanto le refiera lo que me pasa firmará como en un barbecho.

Así pasó, en efecto, y por la mañana pudo dar á Jorge la satisfacción que le pedía.

Al mismo tiempo que Jorge se entusiasmaba, se tiraba de los pelos D. Melquiades y exclamaba, como todos los que se quedan cesantes:

—¡Vaya un gobierno! ¡Vaya un país! ¡Si aquí todo está perdido! ¡Si esto no tiene remedio! Yo les aseguro que me las pagarán. Hoy mismo me hago demócrata ó absolutista.

Conque ya saben Vds. lo que significaba el papel que tan grata sorpresa causó á Jorge.

Pero lo que aun ignoran es lo que habia pasado en el baile á la jóven Hortensia y los motivos que habian impulsado á la generala á no asistir á aquel brillante sarao.

Esto último es muy importante.

Vamos á ver quién era la generala.

XII.

UNA GENERALA Y UN BRIGADIER.

Antes de conocer á la generala, tenemos que entrar en relaciones con un brigadier.

El Sr. Mariano ha acertado el camino.

El brigadier Iraldez, que es el militar á quien me refiero, habia guardado fidelidad á la memoria de su amada, que hubiera sido esposa suya si la muerte no le hubiera privado de esta dicha.

Pero tuvo ocasion de distinguirse en la guerra civil, y para que no oscureciese su gloria aquel hijo ilegítimo, ocultó á todo

el mundo los lazos que con él le ligaban, y confiándole á la esposa de Juan, le señaló una pension para que atendiera á sus necesidades.

Al mismo tiempo enviaba al fiel criado cada tres meses una cantidad suficiente para que pudiera vivir y hallar alguna distraccion á los pesares que tenia su alma por verse lejos de su familia.

—Es necesario ocultar á Jorge que es hijo mio, dijo á la madre de Rosa.

Jorge no supo nada hasta el momento en que Rosa le confió la revelacion que acababa de hacerle el Sr. Mariano.

Pero veia todos los meses llegar á D. Jacinto, entregarle doscientos reales y trescientos á la madre de Rosa, y sabia, porque en una ocasion se lo habia dicho contestando á una pregunta suya, que sus padres habian muerto y que en su testamento habia dispuesto que recibiera todos los años los réditos de una cantidad que al cumplir treinta años le entregarían íntegra.

Alguna que otra vez habia visto en casa de la pobre mujer que le servia de madre al brigadier Iraldez.

Pero este, temeroso de descubrirse, fingia no hacerle caso; además, estuvo separado de él mucho tiempo, porque, habiendo seguido siempre al duque de la Victoria, quiso participar con él de su destierro, y desde el año de 1843 hasta 1854 solo dos ó tres veces, y para eso de temporada, estuvo en la corte.

El año 1854, en los momentos más críticos de la revolución, pudo salvar la vida á un jóven oficial, y este acto le valió la gratitud de su padre, que era un bizarro general.

La generala Mendoza y su esposo trataron desde entonces con el mayor afecto al brigadier Iraldez.

Desgraciadamente, el jóven oficial pereció al tomar una barricada en el año 1856, y, como era único hijo, la generala cayó en una profunda tristeza.

Las puertas de su casa se cerraron para todo el mundo, menos para el brigadier Iraldez, en quien aquellos desgraciados padres veian siempre al salvador de su hijo.

Poco despues el general, anciano, enfermo y achacoso, murió, y la generala, jóven aun, llevó á su lado á un sobrino suyo, reconcentrando en él todas sus afecciones.

Un tio de la generala falleció en Méjico, dejándola por heredera de una inmensa fortuna.

Aunque tenia muy buenos sentimientos, esta inesperada noticia la consoló bastante, y, conociendo que necesitaba vivir, buscó en los salones algo con qué llenar el vacío que habia en su alma.

Su sobrino tendria entonces unos veintidos años.

La generala dió orden á su banquero para que facilitase al jóven todo el dinero que le pidiese, y el afortunado sobrino, abusando de aquella prueba de bondad, se entregó á toda clase de de escesos.

El brigadier Iraldez, que vivia muy retirado y haciendo ahorros para poder ofrecer á su hijo misteriosamente, cuando cumpliera los treinta años, el capital que esperaba, iba de tarde en tarde á ver á su antigua amiga.

En sus conversaciones mezclaba la generala la narracion de sus triunfos en los sa-raos y las amargas quejas de los disgustos que le daba su sobrino.

La generala era una de esas mujeres de cuarenta y cinco años, bien conservada, con todo el aspecto de una matrona, y como á su belleza fisica unia una fortuna inmensa y un esquisito gusto para vestirse y adornarse, tenia infinitos pretendientes.

Por más que le halagase la corte que le hacian, estaba resuelta á no contraer segundas nupcias, y se contentaba con despertar envidia en las demás mujeres elegantes de Madrid.

La marquesa, como hemos visto, era solo por esta causa su mayor enemiga.

Quince ó diez y seis dias antes del en que he dado comienzo á esta historia, faltó de pronto de los salones.

Al comentar su ausencia, la atribuian unos á los sérios disgustos que le daba su sobrino, y las señoras á su deseo de hacerse interesante.

(Se continuará.)

MADRID.—1870.

Imprenta á cargo de M. G. Hernandez,
calle de San Miguel, 23,

Bases de la suscripcion.

EL PAIS VASCO-NAVARRO aparece todos los domingos, y consta de ocho páginas á tres columnas cada una. Puede hacerse la suscripcion enviando el importe de uno ó mas trimestres en letras del Giro Mútuo ó en sellos en carta certificada á la Administracion Central de Madrid, calle de Serrano, 14, tercero, ó á la sucursal de Navarra, en la Secretaria del Colegio de internos.

Precios de la suscripcion.

En España.....	3 meses.	12 reales.
	6 —	24
	1 año...	48
En Cuba y Puerto-Rico.....	6 meses.	3 pesos.
	1 año...	5
América del Sur y Filipinas.....	6 meses.	4
	1 año...	7
Extranjero.....	6 meses.	12 francos.
NÚMEROS SUELTOS.		
En España.....		2 reales.
En el extranjero.....		1 franco.
En Cuba y Puerto-Rico.....		4 reales.
En el resto de América, fijarán el precio los agentes.		

Puntos de suscripcion.

MADRID: Serrano, 14, tercero (barrio de Salamanca).

PAMPLONA: Secretaria del Colegio de internos.

VITORIA: D. N. Becerro, en el establecimiento tipográfico del Sr. Iturbe, San Francisco, 23.—Librería de D. Bernardino Robles.

SAN SEBASTIAN: Librería de D. I. R. Baroja, plaza de la Constitucion.

BILBAO: Librería de D. Juan E. Delmas.—Librería de D. Tiburcio Astuy.

TOLOSA: D. Pedro Gurruchaga.

HABANA: Propaganda literaria, Habana, 110.